

SOLO SOY UN CUENTO

Es la Literatura. Las letras se juntan y forman palabras, que, unidas, dan lugar a los libros. Pero antes se debe pasar por la escuela. Esta es la historia de Letrado, un librito pequeño que comenzaba sus primeros pasos en clase.

-Venga, Letradito, arriba, -dijo mi madre, la señora Novela Rosa- que llegas tarde al cole.

-No me encuentro bien. Me duele la página dos. Creo que tengo algún párrafo mal.

Siempre ponía alguna excusa en el momento de despertar:

-Llamaré a tu padre para que te vea.

Mi padre era Diccionario de la Lengua. Se acercó a la cama donde me encontraba y sentenció:

-No encuentro ninguna definición para tu enfermedad. Creo que te encuentras en condiciones de acudir al colegio.

-Ay, Diccionario mío. ¡Qué bien hablas!

Exclamó mi madre.

Así que, refunfuñando, me coloqué las tapas de diario, me quité un poco el polvo, y pasé a la cocina, para desayunar.

Mi madre era buena cocinera; ponía la tinta como ninguna; las letras a la plancha eran su especialidad, sobre todo la “j” mayúscula.

-Cómetelo todo si quieres llegar a ser un buen libro. No desayunas nada; te estás quedando en las hojas.

-¡Mamá! Como lo que necesito. Además, ya he dicho que quiero ser de mayor un cuento para niños.

A mi padre, al oír aquello, casi se le atraganta un bizcocho de la “c” a la “h”, que estaba saboreando a dos carrillos:

-¡Glup! ¡Letrado! ¡Te prohíbo que digas estas cosas! Te he explicado muchas veces la categoría literaria de las diferentes especialidades de narración. Los cuentos infantiles se encuentran en la base, prácticamente sin desarrollo, sin estructura. Por favor, hazme caso.

Yo tenía dos hermanos que se reían a carcajadas de mí. Científico era un poco más mayor:

-Ja, ja, ja. ¿Qué pasa, te da miedo estudiar? Mírame, ya casi soy un buen ensayo sobre Astronomía.

Inspirada era la primogénita:

-Ji, ji, ji. Un género menor. Este año me darán el título de Novela Corta. Ji, ji, ji.

-Me da igual lo que digáis. Seré cuento, eso sí, el mejor cuento que jamás se haya leído.

-¡Venga, cariño! –exclamó mi madre- No nos hagas esto. Come y ya lo veremos cuando crezcas un poco más.

Terminé mi vaso de tinta, cogí la mochila y salí para el cole, después de dar un beso a mis padres. En el camino me junté con mis dos mejores amigos: Estilisto y Poemita.

-¡Buenos días, Letrado! ¿Has dormido con bien esta noche? A mí me han molestado los canes del vecino. ¡Cierto que es un mal educado!

Habló Estilisto.

-Salúdote esta mañana,
mi buen amigo Letrado.

Espero esta jornada no sea mala
y lo pase bien a tu lado.

Rimó Poemita.

-¡Buenos días a los dos!

Suspiré. Me resultaban un tanto remilgados, pero eran mis amigos. Habría preferido que fueran más normales, les gustara hablar como a mí y pensarán en los niños más que en los mayores.

La señorita Lectora nos recibió en el cole:

-¡Bienvenidos todos! Hoy, como sabéis, toca clase de Naturaleza. Iremos al prado que está junto al bosque. Un buen libro debe inspirarse en todo lo que le rodea y, sobre todo, en lo que la Tierra nos regala. He dicho prado y no bosque. Aquí habita el Traga Letras y es peligroso adentrarse en él.

Historita preguntó:

-¿Es una leyenda lo del Traga Letras? Nadie le ha visto todavía.

-No, -respondió la señorita- no es una leyenda. Existe y yo lo he visto. Hay que andar con ojo porque querrá quitaros las letras y dejaros en blanco. Si estáis conmigo no os pasará nada.

Íbamos contentos. A todos nos gustaba salir al campo: las nubes nos saludaban desde las alturas, el cielo se estiraba y se ponía más azul, las golondrinas revoloteaban alrededor, las mariposas cambiaban de color, las flores saltaban de contentas al vernos y los árboles nos regalaban sus mejores sombras. Nos trataban muy bien porque desde siempre los libros hemos sido sus defensores.

El prado estaba precioso: verde intenso, con las montañas al fondo y el viento pasándonos las páginas y haciéndonos cosquillas en el lomo.

-Bien niños, -dijo la señorita- no podéis perder ningún detalle. La Naturaleza esconde muchos secretos de lo que será vuestra inspiración. El gusano que pasa silencioso y ondulante, la hormiga que carga con su comida, el caracol que busca el frescor del agua, la oveja que regala su lana. En fin, cada uno busque lo que más le llama la atención.

Estilisto me susurró al oído:

-Yo necesito algo más para ampliar mi vocabulario. No puedo aprender como los demás; mi lenguaje tiene que ser esmerado, pulcro y variado. Así que ya estamos yendo al bosque donde ciertamente encontraré una leve parte de lo que ansioso estoy buscando.

-¡No podemos! –respondí- Está el Traga Letras. ¡Es muy peligroso! Además, no podemos desobedecer.

Poemita intervino en la conversación:

-A mí el prado me aburre
cuando tanta gente concurre.

En el bosque encontraré nuevas sensaciones
y si al Traga Letras encontramos
viviré también grandes emociones.

No sirvieron para nada mis quejas. En un descuido de la señorita, los tres nos metimos en el bosque por un camino lleno de piedras. Al principio los árboles dejaban pasar el sol, pero poco a poco, iba oscureciendo conforme las ramas se entremezclaban entre sí. No había pájaros ni otros animales; la hierba, incluso, estaba mustia y los riachuelos bajaban secos y sedientos de agua.

Estilisto gritó muy bajito:

-¡Reconozco que tengo cierto temor! Este ambiente tenebroso no me agrada. Estimo que sería conveniente retroceder y volver con el grupo.

Poemita asintió con la cabeza; no le salía ni la voz.

-Sí vamos. Ya os lo había dicho.

Aseveré.

Se oscureció del todo, escuchamos una especie de rugido y sentimos un aliento maloliente a nuestras espaldas. De repente, alguien nos agarró, nos metió en un saco y nos llevó de allí.

-¡Ay, ay, ay! ¡Qué coscorrón! ¡Socorroooooo!

Esta vez sí que gritó Estilisto con todas sus fuerzas.

-Monstruo Traga Letras

con nosotros no te metas.

Sácanos de este saco

y no seas tan malo.

Tartamudeó Poemita.

Yo me limité a callar. No había nada que hacer, sólo esperar y ver dónde íbamos.

Una hora después, llegamos a nuestro destino. Quien fuera cerró el saco con una cuerda y nos colgó de algún sitio. Nos balanceábamos de un lado para otro como si fuéramos un trapecista en el circo. Fuera se oían voces:

-Hola, papá. ¿Has traído libros?

-Sí, hijo. ¡Ya verás qué buenos!

-Estupendo, papá. ¡Sácalos ya!

-No. Esta noche veremos qué son y qué se puede obtener de ellos. Últimamente vienen todos muy delgados y se acaban pronto. Ya no hay libros como los de antes.

Aquellas palabras me aterrorizaron. ¡Lo que decían del Traga Letras era verdad! Se van a comer nuestras letras y nos dejarán en blanco. Había que intentar escapar... Pero ¿Cómo?

Estilisto se pasó todo el tiempo llorando y preguntando por su mamá. Poemita recitaba una poesía de Santa Teresa de Jesús para casos de peligro y yo pensaba y pensaba la manera de escapar. Nos entró el sueño y mis amigos se quedaron dormidos; a mí me

faltaba ya poquito cuando alguien abrió el saco: nos cogieron unas manazas enormes y nos depositaron suavemente en el suelo, cerca de la lumbre.

-Perdonad por el trato, pero no sé hacer mejor las cosas. Además, es la única forma de que no huyáis.

Era el papá Traga Letras, enorme y feo, como un hombre con la cabeza grande, de color casi marrón y la cara muy arrugada.

-Mirad: os hemos preparado tres vasos de tinta. ¡Está muy rica!

Habló su hijo mientras señalaba tres vasos de colores.

-No les asustéis. ¡Venga, bebed! Seguro que tenéis hambre.

Dijo la mamá Traga Letras.

Estábamos hambrientos, pero no nos fiábamos. ¿Querrían engordarnos para luego comernos? Como no acabábamos de beber aquella tinta, el niño nos acercó con cuidado hasta los vasos y, de un trago, los tres nos la bebimos muy a gusto.

-Ahora que os habéis alimentado, os contaré brevemente la historia de los Traga Letras.

¡Cierto! Nos comemos las letras de los libros...

Nos acurrucamos y comenzamos a temblar.

-¡Papá! ¡Así no se cuenta!

-Es verdad, hijo. Hace años tuvimos que huir del Mundo de la Literatura. Una extraña enfermedad se apoderó de nosotros; nos volvimos deformes y no podíamos leer libro alguno. Conforme leíamos, las letras pasaban a nuestro cerebro y dejábamos las páginas en blanco. Nos desterraron a este bosque. Aquí malvivimos porque no tenemos acceso a vosotros. Y a los Traga Letras nos encanta leer. Es lo que más nos gusta.

La mamá continuó:

-Así que cogemos los pocos libros que se atreven a entrar en el bosque y no los leemos, sino que ellos nos cuentan sus historias. De esta manera, no perdéis las letras y podemos escuchar vuestro contenido.

-Sí,—dije—pero nosotros somos niños. Tenemos muchas páginas en blanco; estamos aprendiendo en la escuela.

-¡No importa! —exclamó el hijo— Cualquier cosa que digáis estará bien.

-¿Y por qué, por qué tenéis tan mala fama?

Preguntó Estilisto.

-Hay muchos libros que han perdido sus letras; pero esto era antes. Ahora somos diferentes.

Estuvimos un buen rato hablando, hasta que el niño, impaciente y lleno de sueño, gritó:

-¡Quiero escuchar una historia antes de dormir!

La mamá le dijo a Poemita:

-Empieza tú. Las chicas, primero.

Poemita se puso colorada y sus pastas cambiaron a un rojo intenso.

-Me da vergüenza. No sé qué decir.

-Algo corto para empezar. Los próximos días ya tendrás más confianza.

¿Próximos días?, pensé. Parecía que la estancia en esa casa iba a ser prolongada.

Poemita comenzó:

-Una historia debo contar.

No se me ocurre ninguna.

Es difícil poder hablar

sin confianza alguna.

Piratas, payasos y delfines,

podríamos intentar rimar,

aunque es mejor dejarlo pasar

porque todavía somos chiquitines.

El hijo exclamó:

-¡Uaaaah! ¡Qué aburrimiento! Me voy a dormir. Espero que mañana sea diferente.

A Poemita se le cayeron dos lágrimas de sus ojos de papel. El papá Traga Letras la consoló:

-No llores. Los niños son así. Dicen las cosas sin pensar y, además, no están preparados para la Literatura como nosotros, los mayores. Ambos, vosotros y ellos, debéis seguir creciendo. Unos para convertirlos en grandes libros de poesía y otros para saber apreciarlos.

Yo no hubiera dicho nada mejor. Todos nos fuimos a dormir. Nos colocaron en un mueble librería, en el salón, junto a un reloj de bronce y una foto de familia. Era la primera vez que nos trataban como adultos. Me hizo mucha ilusión.

-¡Hasta mañana! ¡Que durmáis bien!

Nos dijeron los papás Traga Letras al mismo tiempo.

-¡Hasta mañana!

Respondí. Estilisto y Poemita o estaban ya dormidos o no tenían ganas de contestar.

Cuando nos quedamos solos, mi amigo me riñó muy severamente:

-Eres un cómplice de los Traga Letras. ¡Qué vergüenza para un libro! Debemos demostrarles que no estamos a gusto. Tú confías en ellos pero estoy seguro de que tramán algo. Hay que tratar de escapar.

-Sí. Confío. Nos han tratado muy bien...

Estilisto me cortó bruscamente:

-¿Cómo puedes decir que nos han tratado muy bien? Se han burlado de sus rimas.

-No es cierto. Ha sido el niño. Su padre nos lo ha explicado y me parece que tiene razón.

Estilisto seguía con sus argumentos:

-Insisto en que su comportamiento es indecoroso. Somos los pozos del saber y estimo que no se han percatado. Una fuga a tiempo les demostrará que un libro no tiene edad.

Poemita nos dijo sollozando:

-Letrado tiene razón,
aunque me duela el corazón.

Debo crecer y estudiar
y mis versos en todo mejorar.

Estilisto calló; entonces añadió:

-Mañana seguiremos. Han cerrado puertas y ventanas y no podemos escapar. No somos sus prisioneros sino sus invitados. Quieren escucharnos y sacaremos para ellos nuestra mejor inspiración. Les demostraremos que somos unos buenos libros. ¡Hasta mañana a los dos!

-¡Hasta mañana!

Se despidieron mis amigos.

El sol madrugó al día siguiente. Los Traga Letras acostumbran a levantarse temprano, por lo que muy pronto nos tomaron del mueble librería y nos llevaron a la cocina para desayunar.

-¿Habéis dormido bien?

Preguntó la mamá.

-Sí, gracias.

Respondió Estilisto, que parecía adoptar una postura más amable.

El papá también nos saludó:

-¡Buenos días a los tres! Mi hijo tiene algo que decirnos.

-Sí, es verdad. Ayer me porté muy mal con vosotros. Os pido disculpas.

Poemita respondió, con las marcas de la tinta que estaba bebiendo en la comisura de los labios:

-No hay nada que disculpar.

Ambos tenemos mucho que aprender.

Tú, con los oídos a saber escuchar

y yo, a un buen poema llegar a ser.

Tras el desayuno, el hijo fue al cole y le acompañamos escondidos en su mochila, no sin antes recibir largos y sabios consejos de sus padres. Quería enseñarnos a sus compañeros de clase y que pudiéramos contar alguna historia. La escuela estaba en un claro del bosque y a ella acudían los hijos de los Traga Letras. No tenían libros ni cuadernos; sólo bolígrafos y pinturas y todo lo tenían que aprender de memoria. La primera clase era de Historia, pero, nada más comenzar, el hijo del Traga Letras nos sacó de la mochila y nos llevó a la mesa de la maestra:

-Señorita, mire, le presento a Poemita, Estilista y Letrado, tres estudiantes de libros.

-Ay, Traguito –comentó la maestra- ¿De dónde los has sacado?

-Mi padre los encontró ayer en el bosque. Los vamos a escuchar unos días y luego los devolveremos.

Todos los niños Traga Letras se levantaron nerviosos de sus sillas y fueron a la mesa de la maestra. Hacía tiempo que no veían libros de verdad.

-Venga, niños, cada uno a su sitio. Hasta que no os sentéis, no seguiremos la clase.

Dijo la señorita con autoridad. Una vez restaurado el orden, pudo mostrarnos, hablar con nosotros, preguntarnos sobre la Literatura y muchas cosas más. Pasamos un buen rato hasta que llegó la hora del recreo.

-Bien, niños. A la vuelta, alguno de estos libros nos contará una bonita historia. Los dejaremos sobre la mesa; nadie los tocará y nos portaremos muy bien con ellos. Son nuestros amigos ¿De acuerdo?

Todos los alumnos asintieron y salieron de clase corriendo a disfrutar del tiempo de descanso. En la mesa, tranquilos, esperábamos el regreso de los niños preparando algo que relatarles. Pero sin apenas darnos cuenta, uno de ellos volvió antes de tiempo, nos cogió bruscamente y se dispuso a leernos. ¡Era nuestra ruina! ¡Perderíamos todas nuestras letras!

-¡Tragón! ¿Qué estás haciendo?

Era Traguito, que se había quedado escondido para vigilar y que no nos pasara nada.

-Ya lo ves. Me voy a dar un atracón con estos libritos y no lo vas a impedir; soy más fuerte que tú.

Traguito trató de ayudarnos, pero Tragón le dio tal empujón que salió casi volando. Cuando aquel niño se disponía ya a leer a Estilisto, le dije:

-¡No lo hagas! Te contaré el cuento más emocionante y divertido que hayas escuchado nunca. Ese libro es muy aburrido, es para mayores.

-¡Mientes! ¡No te creo!

-Además, si comes nuestras letras, no podrás leernos después. Te ofrezco el escuchar un cuento diferente cada día.

Parece que a Tragón le convencí. Se sentó junto a nosotros y se preparó para la historia que le iba a contar.

- “Esto era un niño muy travieso que escondía un diccionario mágico. Tenía las definiciones bien puestas, pero al niño le gustaba cambiarlas de vez en cuando. Un día le dijo al diccionario:

-Hoy los perros serán tigres y los tigres, perros. Los semáforos, árboles y los árboles, semáforos.

-Lo que tú ordenes, amo.

Cuando salió a la calle, lo que había cambiado en el diccionario, se había convertido en realidad. Los que paseaban a los perros por el parque habían tenido que subirse a los árboles, que ahora eran semáforos, para escapar. En el zoo y en el circo, los caniches, setters y pastores alemanes estaban encerrados en jaulas y su espectáculo no era nada emocionante: ningún perro podía comerse a su domador...”

El resto de niños y la maestra volvieron del recreo sin hacer ruido y se sentaron para poder escuchar el cuento.

“En las calles, los coches chocaban entre sí. No había semáforos sino árboles en las esquinas, que más perjudicaban a los conductores que ayudaban, con sus grandes ramas que impedían la visibilidad.

El niño travieso se lo estaba pasando en grande con aquel espectáculo. Todos corriendo delante de los tigres y los coches con sus bocinas tocando sin parar. La ciudad era un caos. El domador del circo Estrella salió a la calle con el látigo y la silla para enfrentarse a los tigres; los electricistas del Ayuntamiento podaban los árboles y los jardineros arreglaban los semáforos del parque. ¡Vaya disparate!

El niño, que era muy descuidado, se olvidó el diccionario mágico en casa y fue al cole en el autobús. Pero al llegar a la calle Mayor, un atasco le impidió continuar.

-Debéis seguir a pie.

Dijo el chófer, muy enfadado. Se bajaron todos y se pusieron a caminar. Tenían mucho cuidado porque los tigres estaban escondidos y podían salir en cualquier momento en busca de comida. Anduvieron y anduvieron, cuando al doblar una esquina, cuatro grandes tigres les interrumpieron el paso. Con cara de hambre, estaban ya a punto de

saltar sobre los niños. En esto, ¡zas!, un latigazo sonó en el aire: ¡Era el domador del circo!

-¡No os preocupéis, chicos! ¡Yo me ocupo!

Con la silla y el látigo se enfrentó a aquellas fieras sin ningún miedo. Los tigres rugían y soltaban sus zarpas, pero aquel domador sabía lo que se hacía.

-¡Tranquilas, fierecillas! ¡Soy el Gran Explorador Jim, el rey del circo!

Mientras él peleaba, los niños corrieron y llegaron al colegio... vacío: los maestros y alumnos estaban en los atascos o escondidos por miedo a los tigres. Cansado y tembloroso, el niño travieso abrió su mochila para decirle al diccionario mágico que volviera todo como antes... Pero no estaba dentro; se lo había dejado en casa. ¿Y ahora qué podían hacer? Sin nadie que los protegiera, sin clase y con la calle llena de fieras dispuestas a darles una dentellada.”

Todos los niños Traga Letras estaban con la boca abierta, incluido Tragón. También la maestra seguía muy entretenida mi cuento.

-Y ahora, ¿Cuál será el final? Esto os toca a vosotros. No soy la señorita, pero sería muy divertido que cada uno dijera qué final le quiere dar a esta historia.

-¡Estupendo, Letrado! ¡Qué buena idea!

Exclamó la maestra.

-Cada uno puede terminar el cuento como él quiera. A ver, Tragazas, ¿Cómo lo finalizarías?

-Pues yo creo que el domador llega al Colegio y los lleva a casa. El niño travieso cambia todo con su diccionario mágico y se arrepiente de hacer tantas cosas malas.

-¡Buen final! ¡Un aplauso para Tragazas!

Tras el aplauso, la maestra continuó con otros alumnos:

-¿Y tú, Traguín? ¿Qué crees que ocurriría?

Traguín era pequeño y muy listo:

-Esperarán a que vengan los padres, que los llevan a casa en un camión de bomberos.

En el camino se defienden de los tigres con la manguera de agua a toda presión, con espuma y con la sirena. El niño travieso lo pone todo bien y da el diccionario a la Biblioteca Nacional, para que lo guarden y no pase nada más.

-¡Estupendo! Otro aplauso para Traguín. ¿Y tú, Tragón? ¿Cuál es tu final?

Tragón comienza a llorar, con unas lágrimas verdes, enormes:

-¡Snif, snif, señorita! ¡Me quería comer las letras de estos libritos!

-Ya lo sé, Tragón. Y te habrías perdido historias como éstas. ¿Te parece bien ahora?

-¡Snif, snif! No. Me parece muy mal.

Estaba arrepentido de verdad y me atreví a decirle:

-Nosotros te perdonamos, pero no lo vuelvas a hacer. ¡Venga, di tu final!

Tragón se limpiaba las lágrimas y los mocos con la manga de la camisa. La maestra le dejó varios pañuelos de papel.

-Pues...Pues... yo acabaría el cuento con los niños escapando por las alcantarillas; los tigres les siguen por las calles y olfatean, pero no pueden levantar las tapas. Así llegan a sus casas. El niño travieso pone las palabras en su sitio y se dedica a partir de entonces a ayudar a los demás.

-¡Claro que sí! Un fuerte aplauso para Tragón.

Los niños aplaudieron con todas sus ganas.

Después hablaron con Estilisto y Poemita; sus relatos, lenguaje y rimas entusiasmaron a los niños allí presentes. Pasamos una mañana muy divertida. Al terminar las clases, Traguito nos metió de nuevo en su mochila, no sin antes despedirnos de los niños y la maestra. Prometimos volver otro día y continuar con los cuentos y los finales inventados.

Al llegar a casa, Traguito contó lo sucedido.

-¡Ay, hijo! Podrían haberse quedado sin letras. ¡Qué disgusto!

Dijo la madre, asustada. El padre, sin embargo, aprovechó la ocasión para educar a Traguito:

-Eras responsable de los libros y los has cuidado bien. Te has dado cuenta de que no todos los niños hacen lo mismo. Tú, siempre procura querer a los libros porque te enseñarán muchas cosas.

De noche, tras la succulenta cena de sopa de letras, bien caliente, nos colocamos todos, la familia y nosotros, cerca de la lumbre. El papá comenzó:

-Mañana os devolveremos al prado. De ahí podéis regresar a casa sin peligro. Seréis bienvenidos si algún día queréis volver; ya veis que no somos tan malos.

Estilisto tomó la palabra:

-Ciertamente me he llevado una grata sorpresa y enriquecido con diferentes experiencias, no todas agradables, pero válidas para mi vida.

Poemita quiso decir algo:

-También yo he aprendido
y no echaré todo al olvido.

Los Traga Letras queréis a los libros
y me he dado cuenta para lo que existo.

-Pero –añadió la madre- nos tenéis que hacer un favor: Contarnos una historia, tan original como la del cole.

-Debes ser tú, Letrado –dijo humildemente Estilisto-. Me he percatado que tienes más recursos de los que me pensaba.

Poemita lo afirmó con todas sus fuerzas:

-Empieza cuanto antes con tu cuento.

Impaciente estoy por escucharte

y mejor que uno, dínos un ciento.

Así que no tuve más remedio que empezar:

-“Una mañana de otoño, estaba la orilla del mar tranquila, con la arena limpia y el viento sereno. De repente, un trozo de nube cayó sobre la playa.

-¡Eh! –gritó el mar- ¿Qué haces tú aquí? ¡Debes estar en el cielo!

-¡Ya lo sé! –dijo la nube- Pero no sé llegar hasta arriba.

-¿Y cómo hacemos para subirla?

Preguntó la arena fina.

-No tengo ni idea.

Respondió la mar salada.

Pero, sin más ni más, como llegó, se fue el trozo de nube, sin saber a dónde se dirigía.

En la selva cercana, los árboles crecían contentos, con el agua de la noche y el calor del día. Mas no todos lo hacían por igual: había palmeras cortadas por la mitad y parte de la maleza se escondía ante la aparición de extrañas rocas.

Una garza del lago chapoteaba sin pico y a un elefante de la orilla le faltaban dos patas y la trompa. Era lo más raro que jamás se había visto. Tanto misterio llamaba la atención.

El colmo fue cuando un trocito de océano se confundió con el azul del cielo:

-Mar, ¿Qué haces en las alturas?

Preguntó el Sol, preocupado.

-Alguien me ha colocado aquí. Tengo vértigo y creo que me voy a marear.

La Naturaleza se había vuelto loca, nadie estaba ya seguro y al día siguiente, por ejemplo, las dos patas de elefante podían aparecer en una esbelta jirafa. Pero una mañana, extrañas voces se oyeron a lo lejos, como si gente adulta hablara con niños.

Protestas, disculpas, recomendaciones y antes del mediodía todo volvía a su ser: el mar

abajo, el elefante con patas y trompa, los árboles completos y la jungla, verde esmeralda. ¡Qué alivio! La alegría reinaba en el agua, en la tierra y también en el aire...

Pero en menos de diez minutos, una gran sombra se acercó a aquel rincón del Mundo y lo sumió en la más completa oscuridad.

El niño tapó el puzzle de dos mil piezas recién terminado y lo dejó en el armario para que no se perdiera ficha alguna.”

¿Os ha gustado?

Traguito, entusiasmado:

-¡Qué emoción! Por un momento pensaba que se trataba de algún gigante juguetero.

Su mamá exclamó:

-¡El cuento más bonito que jamás he escuchado!

-¡Enhorabuena, Letrado! Llegarás a ser un gran libro de cuentos.

Sentenció el papá.

Estilista también me felicitó:

-Ya me habías convencido en la escuela, pero los cuentos para niños encierran toda la imaginación a la que un buen estilo nunca podrá llegar.

Y, por fin, Poemita también quiso contribuir:

-Cuento para niños me agradecería ser,
pero poesía para grandes y pequeños
en mis páginas llegaré a tener.

Al día siguiente, muy temprano, papá Traga Letras nos tomó del mueble librería donde habíamos pasado la noche, nos colocó en una cartera de cuero y salimos de la casa rumbo al prado.

-Perdonad si os hago madrugar, -nos dijo- pero no quiero que mi mujer y mi hijo estén presentes en la despedida. Son muy sensibles y sufrirían el peor rato de su vida. Lo

hemos pasado tan bien que nos cuesta muchísimo devolverlos... Pero es mi obligación y os lo prometimos.

-No se preocupe –comentó Estilisto- Volveremos otro día y con más libros. Ahora sabemos que los Traga Letras sois nuestros amigos.

-Gracias, -prosiguió el papá- muchas gracias a los tres. ¡Ojalá nos veamos de nuevo!

Nos depositó con cuidado en la fresca hierba del prado, llena de rocío de la mañana, y ya no hubo más palabras. Le vimos introducirse en el bosque a través del camino de piedras que nosotros habíamos tomado hacía unos días.

Cada uno corrió a su casa. Nuestros padres nos esperaban, despiertos, con aspecto descuidado y muy tristes: pensaban que jamás volverían a vernos. No hubo regañinas, sólo besos y abrazos. Se celebró una gran fiesta de bienvenida en el cole, donde contamos nuestras experiencias en el bosque.

Desde aquel día, los Traga Letras ya no viven aislados; los libros les visitan y ellos vienen a la Literatura.

Traguito y yo somos buenos amigos. Nos contamos cuentos de risa, miedo, tristeza y alegría; lo pasamos muy bien y hasta vamos juntos de vacaciones.